3

C. PEREYRA. JUAREZ DISCUTIDO

F1233
.J8
P471
c.1

1080120118

JUAREZ DISCUTIDO COMO DICTADOR Y ESTADISTA

CARLOS PEREYRA

JUAREZ DISCUTIDO

COMO DICTADOR Y ESTADISTA

A PROPOSITO DE LOS ERRORES, PARADOJAS Y FANTASIAS

DEL SR.

Don Francisco Bulnes.

MEJICO.

TIPOGRAFÍA ECONÓMICA

CALLE DEL AGUILA 28.

1904.

F1233
.J8
P471
C.1

B M U Raúl Rangel Frías
UANL
FONDO
Armando Arteaga Santoyo

LOS estudios que publico en esta edición, no forman una obra coherente. El primero de ellos fué escrito en 1902. El segundo, por su carácter, y también por un propósito deliberado, no analiza en todos sus desarrollos el tema que debiera examinar. El polemista tiene por fuerza que seguir las ideas que discute, y en este camino se pierde la concepción de un plan armónico. En la imposibilidad de satisfacer, simultáneamente, fines diversos é inconciliables, dejo para después la continuación del segundo de mis estudios.

Advertiré, además, que si alguien me señalara discrepancias entre uno y otro estudio, esto no me sorprendería. Escribo sin objeto preconcebido, y en mis investigaciones, anoto los resultados, sin pensar si éstos son favorables á la causa popular ó al héroe aplaudido. Aun en la polémica, pretendo hacer papel de crítico y no de combatiente. Vale más descubrir que triunfar.

Las siguientes páginas son materiales para estudios más serios y meditados. Juárez, por su grandeza, merece inves-

tigaciones que hagan indemne su memoria á los intentos de adulteración histórica. Debe ser discutido antes de que su glorificación cristalice en formas de admiración mística. Los que atacan á los grandes hombres, no dañan tanto como se cree comunmente. Cromwell se levanta sobre dos siglos de imposturas. Los que fabrican mitos sí son perjudiciales, porque inclinan al público del lado hacia el que cae naturalmente. Se ha hablado en estos días del valor social de la fe y de la utilidad del culto á los héroes. ¡La fe y el culto! La fe, por la fe misma, no salva: es fuerza que la fe ilumine, y que el culto no degrade. Ciertos apóstoles de idealidad—¡apóstoles de una idealidad que se alquila!—dicen que las leyendas son fecundas en proezas. Perdonad, señores; pero habéis olvidado que Guillermo Tell es hijo del heroísmo, que el Romancero es hijo del heroísmo. La leyenda de Guillermo Tell y la del Cid no repetirían los prodigios que los engendraron.

Pero volvamos á Juárez. Su vida no ha sido rehabilitada. Pertenece aún á la pasión de los contemporáneos. Detractores y panegiristas, hablan hoy del héroe como los sectarios de 1861. Y aun es más violento el debate que presenciamos. Los paladines de la religión ofendieron á Juárez mas que el Sr. Bulnes. Los admiradores del ilustre presidente no habrían llamado réprobo, con teológica saña, al que hubiera disentido de la masa ortodoja en 1871.

No me juzgo digno ni capaz de influir en la opinión de mis contemporáneos; pero como es un deber entregar todas las fuerzas y todo el amor á la causa que se sigue, he resuelto poner al servicio de la verdad histórica mi laboriosa dedicación. El primer fruto de ella será, si nada me lo impide, la ampliación de mis estudios sobre la obra de Juárez, incluyéndolos en el libro que preparo—*Ideas políticas y sociales de los constituyentes.*

Méjico, noviembre de 1904.

C. Pereyra.

JUAREZ DICTADOR.

> Dans la naissance des sociétés, ce sont les chefs des Républiques qui font l'institution, et c'est ensuite l'institution qui forme les chefs des Républiques.
>
> Montesquieu (Grandeur et décadence des Romains.)

I

Dolíase el Príncipe de Bismarck, en sus últimos años, de no haber hecho la felicidad de un solo ser humano. Como uno de sus familiares le dijera en cierta ocasión, al oír tales quejas, que en cambio, había logrado la felicidad de un gran pueblo, el desconsolado diplomático, mostrándose digno de su alto papel histórico, abrió su corazón: «Sí, contestó; pero,—¡cuántas desgracias se me deben! Sin mí y mis tres grandes guerras, no habrían perecido ochenta mil hombres; sin mí, no hubieran corrido las lágrimas de una multitud de madres, huérfanos y viudas. Ya he arreglado estas cuentas con mi Creador; pero, vuelvo á decirlo, mis obras no me han dado sino poca ó ninguna ventura.» Sin discutir la sinceridad indudable de estas palabras, tengamos por cierto que el Príncipe de Bismarck, puesto en el caso de trazar de nuevo su camino, habría vuelto á hacer el sacrificio de su independencia y de sus aficiones campesinas á lo que él creía la felicidad de una gran nación, por más que su sentimiento íntimo le dijera que «despojados de nuestra vestidura mortal, es indiferente que la máscara de carne caiga de un balazo ó arrancada por la fiebre, y por más que en el seno de la muerte niveladora sea muy difícil distinguir á un prusiano de un austriaco.» Habría vuelto á luchar por los prusianos contra los austriacos y á consagrar su vida á cosas tan perecederas, pero, á la vez, tan grandes para él. Si no hubo tal grandeza, si la unidad alemana bajo la hegemonía de Prusia, conquistada en